

EL VACÍO EXISTENCIAL Y LA PÉRDIDA DEL SENTIDO DE VIDA EN EL SUJETO POSMODERNO: RETOS PARA EL CRISTIANISMO DEL SIGLO XXI

*Existential Emptiness and the Loss of the Meaning
of Life in the Postmodern Subject: Challenges for
Christianity in the Twenty-First Century*

*O vazio existencial e a perda do sentido da vida
no sujeito pós-moderno: desafios para o cristianismo
do século XXI*

PAULA ANDREA GIRALDO PATIÑO*

Resumen

Un tema actual que está siendo objeto de discusión desde distintas disciplinas es el de la posmodernidad; entre otras cosas, porque ésta es una época caracterizada por aspectos muy particulares que han sido determinantes en los cambios

* Especialista en Docencia Investigativa Universitaria por la Fundación Universitaria Luis Amigó (Medellín-Colombia, 2010). Docente de la Facultad de Filosofía y Teología de la misma universidad. Miembro del grupo de investigación "Filosofía y Teología Crítica". El artículo pertenece al proyecto de investigación Análisis teológico del vacío existencial y de la búsqueda de trascendencia en el sujeto postmoderno.
Correo electrónico: paula.giraldopa@amigo.edu.co

Artículo recibido el 13 diciembre de 2013 y aprobado para su publicación el 1 de julio de 2014



socioculturales acaecidos a partir del siglo pasado y que hoy afectan directamente la humanización del sujeto posmoderno. En tal sentido, el objetivo de esta investigación es analizar teológicamente el vacío existencial que deviene como fruto de la pérdida del sentido de la vida del ser humano en la posmodernidad, con el objeto de iluminar la existencia humana a la luz de Dios. Por medio de un análisis documental, se plantea que la realidad posmoderna no puede verse sólo desde una perspectiva pesimista y negativa, tal y como muchas veces la ha concebido el cristianismo, sino, más bien, ver en ella una época de retos y oportunidades para los creyentes de hoy; retos que, entre otras cosas, plantean la necesidad de una reconfiguración *ad intra* de la Iglesia a fin de que su mensaje de salvación sea tan incluyente y creíble (en términos testimoniales) que llegue a todo el mundo, incluso, y sobre todo, a aquellos que han perdido su norte, su sentido de vida y no han logrado encaminarse hacia su propia humanización.

Palabras clave

Posmodernidad, Secularización, Sentido de la vida, Nueva evangelización, Cristianismo.

Abstract

Postmodernity is a current problem that is being discussed from the perspective of several disciplines. One of the reasons for such a discussion is that our time is defined by very particular features which have contributed to the sociocultural transformations that have been taking place since the last century and that nowadays directly affects the humanization of the postmodern subject. Therefore, the aim of the following paper is to theologially analyze the existential emptiness which emerges as a consequence of the human being having lost the meaning of life in postmodernity, in order to throw some light upon human existence and understand it through God. Based on a documentary research, it is proposed that postmodern reality should not be perceived negatively like Christianity commonly does. On the contrary, it should be seen as a time of challenges and opportunities for the present-day believers. Such challenges suggest, among other things, the necessity for a reconfiguration

within the Church, so that Her message of redemption might be so inclusive and believable (in testimonial terms) that it might reach everyone, especially those who have lost their meaning of life and have not been able to undertake their own humanization.

Key words

Postmodernity, Secularization, Meaning of Life, New Evangelization, Christianity.

Resumo

Um tema atual que está sendo objeto de discussão a partir de distintas disciplinas é o da pós-modernidade, entre outras coisas, porque está é uma época caracterizada por aspectos muito particulares que foram determinantes nas mudanças socioculturais ocorridas a partir do século passado e que hoje afetam diretamente a humanização do sujeito pós-moderno. Neste sentido, o objetivo desta investigação é analisar teologicamente o vazio existencial que provém como fruto da perda do sentido da vida do ser humano na pós-modernidade, com o objetivo de iluminar a existência humana à luz de Deus. Por meio de uma documentada análise, se questiona que a realidade pós-moderna não pode ser vista somente a partir de uma perspectiva pessimista e negativa, tal qual muitas vezes a concebeu o cristianismo, mas deve-se ver nela uma época de desafios e oportunidades para os que creem hoje; desafios que, entre outras coisas, questionam a necessidade de uma reconfiguração ad intra da Igreja, a fim de que sua mensagem de salvação seja tão inclusiva e crível (em termos testemunhais) que chegue a todo o mundo, inclusive, e sobretudo, àqueles que perderam seu norte, seu sentido de vida e não conseguiram conduzir-se para sua própria humanização.

Palavras-chave

Pós-modernidade, Secularização, Sentido da vida, Nova evangelização, Cristianismo.

INTRODUCCIÓN

Una de las características de este tiempo -denominado por muchos como posmodernidad- es la pérdida del sentido de la vida, surgida a partir del vacío existencial que se produce en el ser humano por múltiples razones, entre ellas, la desaparición del otro en la relación.

Si bien el ser humano es en la medida en que se relaciona, las relaciones se humanizan cuando el sujeto es capaz de atribuirle un significado al otro de la relación. Cuando dicho significado desaparece, las relaciones se convierten en una búsqueda de sí mismo y se transforman en expresiones narcisistas del sujeto.

En efecto, uno de los signos de la posmodernidad es la transformación de la capacidad de significar al otro. La necesidad de subjetivar la experiencia ha convertido al sujeto posmoderno en un ser que se piensa en función de sí mismo. Es así como el significado de la relación no está orientado hacia el otro sino que gira en torno a sí mismo. Las relaciones se han convertido en una reivindicación del amor hacia sí mismo. De este modo, se instaura la paradoja de la posmodernidad que consiste en lo que Freud denomina el síntoma del sujeto, y que se puede expresar con la frase: “dime de qué presumes y te diré qué te falta” (Moore, 1993, p. 29).

El sujeto posmoderno presume del amor a sí mismo y, paradójicamente, se puede constatar, en el plano de la experiencia, que aquello de lo que más carece este sujeto es de amor propio, que se hace visible en la forma como se trata y como trata a los otros. A quien no se reconoce en la relación con el otro -porque lo anula- le resulta muy difícil reconocerse en la relación consigo mismo.

En este sentido, la cultura actual, en su afán por reivindicar la subjetividad, termina anulándola porque ésta se construye en el marco de la relación que necesariamente exige al otro, bien sea real o simbólico. El sujeto construye su intimidad a partir de la significación que configura de sí mismo para el otro de la relación; si este último desaparece, el sujeto queda en falta, es decir, ante la realidad de su propio vacío.

El vacío de nuestra era –parafraseando a Lipovestky– es el otro de la relación, lo que se traduce en la pérdida del sentido de la vida y de la trascendencia y en una reivindicación del individualismo personalista sobre la humanización, la cual se expresa en la fidelidad a la verdad propia de cada uno en el encuentro con el otro.

Toda pregunta del ser humano sobre el sentido de su vida es también una pregunta por la trascendencia del ser. En tal sentido, la teología, que tiene como objeto de estudio la Revelación de Dios que llega a su plenitud en la persona de Cristo, tiene una respuesta que ofrecer a los interrogantes más profundos del ser humano; por ejemplo, la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, en el numeral 22 indica que Cristo le revela el hombre al hombre; en Él la realidad humana es iluminada por el misterio del verbo encarnado. De esta manera, las preguntas fundamentales del hombre sobre el sentido de su vida y sobre la trascendencia encuentran un eco particular en el quehacer teológico y, así mismo, debido al contexto actual en el que éstas se presentan, las convierte en un reto para el cristianismo del siglo XXI.

Es menester aclarar que, si bien a continuación se plasmará una “radiografía” del mundo posmoderno desde la mirada de algunos autores, no se pueden perder de vista dos elementos: primero, que ésta es sólo una perspectiva, lo que significa que no es la única forma de comprender la realidad, de modo que no se puede generalizar una visión de la posmodernidad en un sentido netamente negativo porque sería un error desconocer los logros que en materia técnico-científica, social, política, económica, entre otras, se han alcanzado; y segundo, es fundamental recordar que este artículo se escribe en y para el contexto latinoamericano y que en esta zona del continente no es posible hablar de una posmodernidad en sentido estricto, tal y como se vive en América del Norte o en Europa, debido a que muchas de las características que se describirán a continuación aún no han tocado nuestra realidad o simplemente no han tenido eco en ella, por lo menos así lo constatan Barrero y Ojeda (2011):

En este continente, la cultura entendida como tradición sigue siendo sorprendentemente fuerte (tradición que, por ejemplo, en el caso de Estados Unidos y otros países, se ha difuminado entre las paredes del capitalismo consumista). Es muy difícil hablar de una Posmodernidad rigurosa o en

niveles significativos en América Latina. En Colombia, se podrían ver algunos destellos que se dan en las ciudades, como Bogotá, la capital (p. 28).

Lo anterior no significa que no se pueda hacer una reflexión sobre las características y los retos que la posmodernidad trae consigo, sobre todo porque es una realidad que, poco a poco, ha ido e irá permeando nuestro contexto próximo.

EL CONCEPTO DE POSMODERNIDAD Y SUS DIVERSAS ACEPTIONES

Algunos autores se han propuesto la tarea de comprender y explicar el término posmodernidad, y una de las conclusiones en las que, tal vez, concuerda la mayoría es en la ambigüedad que dicho concepto representa, gracias a los distintos significados y matices que ha adquirido a lo largo de la historia.

Pese a lo anterior, hay quienes se han atrevido a proponer un acercamiento al término desde diversas acepciones. Uno de los más recientes es Arroyave (2013, pp. 85-86), quien plantea tres significaciones viables, a saber:

- Posmodernidad como actitud que se distancia de la modernidad; como cambio de época marcado por hechos y fenómenos sociales tales como las dos guerras mundiales, el armamentismo de los Estados-Nación, la bomba atómica, entre otros. Posmodernidad como fin de la modernidad y comienzo de una nueva era.
- Posmodernidad como continuación de los ideales modernos que no llegaron a cumplirse, tales como la libertad, igualdad, fraternidad, justicia, progreso y sabiduría.
- En la tercera acepción se indica una actitud crítica frente a la modernidad, donde se discierne si cumplió o no los ideales que proclamaba y se cuestiona acerca de “si lo moderno no ha llegado a su

fin, entonces ¿cómo plantear el problema de la racionalidad en nuestro mundo? Si la modernidad no ha llegado a su fin ¿cómo asumir los ideales de libertad que plantearon los modernos?” (p. 86).

Asimismo, Arroyave (2013, pp. 93-94) refiere dos posiciones posmodernas frente al resquebrajamiento de los ideales propugnados por la modernidad: una “neoconservadora” que lucha por el retorno a dichos ideales con el objeto de reunificarlos en una misma visión unívoca, donde conceptos como razón, historia y progreso se miren no de un modo plural, tal y como se están intentando comprender en la actualidad, sino que se retomen y se complementen a partir de las viejas comprensiones modernas. Dentro de esta posición, Arroyave sugiere a teóricos como Lyotard, Habermas, Apel y Küng. La otra propuesta se plantea desde Vattimo, quien sugiere vivir a plenitud los retos del pensamiento fragmentado que la posmodernidad le plantea al hombre de hoy, sin necesidad de mirar con nostalgia el pasado moderno y que intenta su reunificación.

Este artículo se inscribe dentro de una tercera propuesta que tiene que ver con vivir la posmodernidad en actitud de esperanza y ver en ella, en términos de lo religioso, la posibilidad de transformación y actualización del mensaje cristiano (sin perder la esencia identitaria) de acuerdo con los retos que los nuevos signos de los tiempos le presenta.

OTRAS CONSIDERACIONES A PROPÓSITO DE LA POSMODERNIDAD

Además de lo expuesto anteriormente, a continuación se propone un breve recorrido por la historia del término, con base en los aportes hechos por Lyotard y Lipovetsky.

El concepto de posmodernidad fue introducido, en el ámbito de la filosofía, por el filósofo francés J. F. Lyotard en 1973, en su libro *La condición postmoderna*, y lo describió no como una época nueva sino como la “reescritura” de algunos rasgos característicos de la modernidad, con los cuales pretendió legitimar su anhelo de emancipación de la humanidad

(Lyotard citado en Mardones, 1988, p. 17). En tal sentido, se dice que la posmodernidad es expresión de un malestar frente a la modernidad, caracterizado por el desencanto de la razón, la aceptación de la pérdida de fundamentos axiológicos y epistemológicos, el rechazo de los grandes relatos, la pérdida del sentido de la historia, entre otros (Mardones, 1997, p. 10).

Así pues, el primer y mayor elemento que caracteriza la posmodernidad es el desencanto ante el principio central de la modernidad: la razón ilustrada. Se dice que el sujeto posmoderno mira con sospecha los “logros” obtenidos en la modernidad por causa de la razón pues, en lugar de promover el desarrollo integral del hombre y de favorecer su bienestar, se utilizó para crear mayores formas de opresión hasta desencadenar en guerras mundiales, armamentismos, nacionalismos totalizantes y dictaduras, entre otros. De allí que se afirme el hecho de que la cultura posmoderna ha optado por dar prioridad al primado de la experiencia por encima del discurso racional (Mejía, 2010, p. 67).

En consecuencia, se presenta la pérdida de fundamentos pues, si se pierde la confianza en el principio de la razón, tampoco es apropiado creer en los dogmatismos e ideologías que se ofrecen como fundamentos del pensamiento y del comportamiento. Es el tiempo del pluralismo y del relativismo, donde cada uno forja su propia verdad y comprensión de la realidad, de modo que abundan diversas interpretaciones de la misma sin que esto implique mayores conflictos para la existencia. En palabras de Mejía (2010):

El hombre posmoderno apela a la búsqueda modesta, limitada y positiva de la verdad desde la experiencia presente y parcial. No busca certezas totales ni verdades absolutas; le basta con gozar la realidad del presente limitado; lo importante es lo que cada uno piensa, siente, necesita, cree, busca, experimenta, aunque esto sea provisional, momentáneo, parcial (p. 70).

Por otro lado, cuando se habla del rechazo a los grandes relatos o metarrelatos, entendidos como aquellas narraciones tradicionales que pretenden dar sentido y cohesión a determinada cultura, tanto desde sus normas como desde su sistema de valores y creencias (Mardones, 1997, p. 12), se entiende que en la posmodernidad, así como se relativizan los

fundamentos totalizantes de la verdad, también se deslegitiman aquellas narraciones que tradicionalmente han “dirigido” las dinámicas sociales y que han contribuido con la configuración de múltiples identidades culturales (religiosas, políticas, ideológicas, etc.).

En la medida en que se pierde la confianza en los fines pretendidos durante la modernidad, en sus fundamentos epistemológicos y en los grandes relatos surgidos de éstos, se pierde el marco de referencia que da sentido a los acontecimientos presentes, pasados y futuros (Mardones, 1997, p. 15). Se mira el pasado con sospecha pues los resultados no fueron los esperados; el presente se vive en un constante ir y venir de sentidos que se van construyendo permanentemente, pues no hay confianza en los fundamentos heredados, y el futuro no importa simplemente porque no existe.

En efecto, Lipovetsky (2002) afirma:

[...] se disuelven la confianza y la fe en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir en seguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo. (p. 9)

En otro sentido, Lipovetsky (2002) ubica el origen de la posmodernidad en los movimientos artísticos norteamericanos y europeos de fines del siglo XIX y comienzos del XX e indica que se da como “fase de declive de la creatividad artística cuyo único resorte es la explotación extremista de los principios modernistas” (p. 82). Además, plantea que los artistas de finales del siglo XIX “radicalizan sus críticas contra las convenciones e instituciones sociales, se convierten en contestadores encarnizados del espíritu burgués, menospreciando su culto al dinero y al trabajo, su ascetismo, [y] su racionalismo estrecho” (p. 83).

Para este autor, la misma vanguardia modernista presenta la vida como “una cultura profundamente individualista y radical” (p. 83), que busca vivir con la mayor intensidad el desenfreno de los sentidos, guiándose por los propios impulsos e imaginación, donde sólo prima una cosa: el “yo” (p. 83).

Esa práctica hedonista se verá radicalizada a comienzos del siglo XX, más exactamente en la década del 20, cuando ya no será una práctica exclusiva

de artistas e intelectuales sino que pasará a impregnar el comportamiento general en la vida corriente (p. 84).

La posmodernidad se convirtió entonces en “el triunfo de la <<anti-moral y del antiinstitucionalismo>> (p. 63), el fin del divorcio entre los valores de la esfera artística y los de lo cotidiano” (Lipovetsky, 2002, p. 105). A partir de este momento, el interés de dicha sociedad sería el de un disfrute desmedido, el de una práctica de la libertad desenfrenada y que vería su acento más fuerte en el curso de los años 60. En efecto, Lipovetsky (2002) concluye:

(...) los sesenta marcan <<un principio y un fin>> (p. 64). Fin del modernismo: los años sesenta son la última manifestación de la ofensiva lanzada contra los valores puritanos y utilitaristas, el último movimiento de revuelta cultural, de masas esta vez. Pero también principio de una cultura posmoderna, es decir sin innovación ni audacia verdaderas, que se contenta con democratizar la lógica hedonista, con radicalizar la tendencia a privilegiar <<los impulsos más bajos antes que los más nobles>> (p. 130). Ha quedado claro, es una repulsión neopuritana lo que guía la radioscopia del posmodernismo. (p. 106)

Para este sociólogo francés, dicha práctica hedonista estuvo facilitada por el consumismo que se desencadenó en el instante en que el poder adquisitivo de los norteamericanos se hizo una realidad al alcance de todos, debido a la posibilidad de la compra sin dinero en efectivo promovida a partir del crédito, e indica que si bien éste surge en los años 20, sólo será hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando se acentuará su uso y esto permitirá una “revolución del consumo” que centrará a las sociedades en la dinámica posmoderna del disfrute:

Al absorber al individuo en la carrera por el nivel de vida, al legitimar la búsqueda de la realización personal, al acosarlo de imágenes, de informaciones, de cultura, la sociedad del bienestar ha generado una atomización o una desocialización radical, mucho mayor que la que se puso en marcha con la escolarización en el siglo XIX. La era del consumo no sólo descalificó la ética protestante sino que liquidó el valor y existencia de las costumbres y tradiciones, produjo una cultura nacional y de hecho internacional en base a la sollicitación de necesidades e informaciones,

arrancó al individuo de su tierra natal y más aún de la estabilidad de la vida cotidiana, del estatismo inmemorial de las relaciones con los objetos, los otros, el cuerpo y uno mismo (Lipovetsky, 2002, p. 107).

Es así como se fue imponiendo la era del consumo, donde la jerarquía de valores de la sociedad norteamericana se fue transformando, de manera que su base sería, y sigue siendo, el consumo desenfrenado que, a su vez, se convirtió en el fundamento de la búsqueda ilimitada del placer.

En efecto, el consumo, tal como lo plantea Lipovetsky (2002, p.115), dio paso a una personalización narcisista que transformó al individuo en un sujeto fragmentado, individualista y egocéntrico, cuyo interés principal radicará en la práctica del disfrute que parte de una concepción errada de la libertad manifestada en todos los ámbitos.

De lo anterior se infiere que dicho sujeto fragmentado, narcisista e individualista, ha caído en una pérdida de la identidad que lo ha sumido en la confusión y que, a su vez, lo ha dejado en manos de la inseguridad de no conocerse y de no saberse único –a pesar de que, paradójicamente, este sea conocido como el tiempo de la “libertad” de pensar, de expresarse, de “ser”–; razón por la cual ha optado por poner su mirada en el consumo hedonista que, al parecer, se ha convertido en la salida o respuesta a dicho sentimiento de inseguridad. Así lo constata, Bauman (2006):

Dadas la volatilidad e inestabilidad intrínsecas de casi todas nuestras identidades, la capacidad de “ir de compras” al supermercado de identidades y el grado de libertad –genuina o putativa- del consumidor para elegir una identidad y mantenerla tanto tiempo como lo desee se convierten en camino real hacia la concreción de las fantasías de identidad.

(...) En una sociedad de consumo, compartir la dependencia del consumo –la dependencia *universal* de comprar- es la *conditio sine qua non* de toda libertad *individual*; sobre todo, de la libertad de ser diferente, de “tener identidad”. (p. 90)

Esto indica que el fenómeno del consumo, eje central de la condición posmoderna, no es más que una estrategia del mercado que crea un sofisma ante un sujeto ansioso por encontrarse y reconocerse frente al otro. Es un

círculo vicioso de nunca acabar, donde el individuo se siente inseguro de sí y tiene que salir de compras para “llenar” su vacío, pero al mismo tiempo, dicha práctica consumista –como no logra satisfacer el anhelo interior– termina sumiéndolo en un vacío mayor que perpetúa dicha lógica. Un ejemplo que ilustra esta realidad es el documental realizado por la economista norteamericana Annie Leonard, denominado *La historia de las cosas*.

EL VACÍO EXISTENCIAL EN EL SUJETO POSMODERNO

En este presente, caracterizado por la confusión que implica la reconfiguración de sentidos en el devenir constante, el hombre ha terminado por diluirse y en este diluirse existen dos factores de suma importancia que han contribuido con dicho proceso, a saber: el avance acelerado de la ciencia y la tecnología, y la manipulación ejercida por los *mass media*, viéndose cada vez más impedido para autodeterminarse hacia la búsqueda de una realización personal que le permita trascender en términos de su humanización.

De lo anterior se desprende el hecho de que el hombre posmoderno se halla *ad portas* de la pérdida del sentido de la vida, que lo sume, a su vez, en el vacío existencial; con el agravante de que dicho vacío parece no representar mayores inconvenientes, pues otra característica de este tiempo es la indiferencia, tal y como lo insinúa Lipovetsky (2002): “[...] estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis” (p. 10).

De este modo, el mismo autor indica que en la cultura posmoderna prima como valor esencial el individuo y su derecho de ser libre y de realizarse como producto del proceso de personalización; hecho que genera como consecuencia un individualismo hedonista donde “reina la indiferencia de masa, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento” (2002, p. 9).

Es así como se evidencia el hecho de que este individuo posmoderno se vea cada vez más atraído por una idea de felicidad y de realización personal en términos del goce y el disfrute del momento presente; del anhelo de poseer

cuanto producto se ofrece en el mercado de la obsolescencia, con la ayuda de los medios de comunicación. Una idea de felicidad en la que se afecta la dimensión relacional del sujeto pues, por primar los valores individualistas del consumo y el placer, ésta se instrumentaliza y queda subordinada a los deseos individuales, de modo que el sentido de las referencias sociales (de la convivencia, del respeto mutuo y de la solidaridad, entre otros) termina por diluirse.

Como se mencionó, el efecto que se produce es el vacío existencial, pues en la medida en que el sujeto se ensimisma en su propio individualismo hedonista, cae en la incapacidad de sentir al otro y de dejarse sentir por el otro, se sumerge en una profunda sensación de soledad que le impide significar su propia vida. Así lo constata Frankl (1990, p. 106) cuando alude al vacío existencial: éste se experimenta como “la pérdida del sentimiento de que la vida es significativa”, y si deja de ser significativa es porque ha perdido todo referente de humanidad, es decir, la relación con los otros y con el Otro.

Para este reconocido psicoterapeuta austriaco del siglo pasado y fundador de la “Logoterapia” (terapia del sentido), la fuerza motivacional que rige al ser humano es la “voluntad de sentido”, más allá de la “voluntad de poder” de Nietzsche y de la “voluntad de placer” de Freud. Dicha voluntad de sentido está relacionada con “el esfuerzo [del ser humano] por el mejor cumplimiento del sentido de su existencia” (Frankl, 1990, p. 81); hecho que, a su vez, está directamente relacionado con lo que los griegos han dado en llamar el bien supremo del hombre: la felicidad. Todo ser humano existe para ser feliz y para alcanzar esta meta vital se propone “pequeñas metas” a modo de “medios para”, a través de las cuales le va dando sentido a su existencia. En la medida en que logra esas pequeñas metas, el hombre va experimentando que su vida es significativa y, en tal medida, reconoce que ésta tiene sentido.

Sin embargo, cuando la persona confunde su realidad y termina trastocando el orden de los fines y los medios, es decir, cuando esos medios propuestos para alcanzar la felicidad se convierten en fines en sí mismos, corre el riesgo de caer en el vacío puesto que seguramente experimentará emociones placenteras como el goce y la alegría, pero al final, cuando pasen (pues esa es su característica esencial), se dará cuenta de que ahí no estaba su autorrealización y, por el contrario, una sensación de esclavitud (o pérdida

del control de la propia vida) y estancamiento acaecerá sobre el sujeto y quedará en un sinsentido mayor. Así lo ilustran García, Gallego y Delgado (2009) citando en Frankl (1999):

El logro de sentido se asocia positivamente a percepción y vivencia de libertad; responsabilidad y autodeterminación; cumplimiento de metas vitales; visión positiva de la vida, del futuro y de sí mismo; y autorrealización. Cuando no se alcanza el logro existencial se origina una frustración que se asociaría a la desesperanza caracterizada por la duda sobre el sentido de la vida; por un vacío existencial que se manifestaría en un estado de tedio, percepción de falta de control sobre la propia vida y ausencia de metas vitales.

En otras palabras, Gesché (2002, p. 91) indica que, en última instancia, el hombre tiene necesidad de “hacer algo con su vida, algo que sea bueno para él y hecho por él”, de manera que la pregunta por el sentido de la vida está directamente relacionada con la pregunta por el destino que dicho hombre desea y necesita darse: “El hombre quiere darse un destino: este propósito no es demasiado grande ni ampuloso, pues significa que desea alcanzar un sentido propio, elevándose así en contra de un destino que le estuviera fijado de antemano” (p. 91).

Dicha idea de destino (*destin*), tal y como la plantea el autor, “evoca la tarea de un deseo (el mío) a través del cual yo quiero ofrecer a mi libertad todo su desarrollo”, pues en la medida en que el hombre se propone y logra vivir plenamente su libertad¹, se realiza y trasciende los límites de su inmanencia, es decir, encuentra el sentido de su vida y comprende que no se reduce a lo meramente material o finito: “En el fondo, la palabra <<destino>> evoca una existencia donde el hombre está invitado a buscar el fundamento de su sentido y de su libertad, más allá del horizonte de las certezas establecidas” (Gesché, 2002, p. 97).

1 Entiéndase libertad como el poder de dirigir y dominar los propios actos, siempre en función del perfeccionamiento humano, es decir, del bien. Planteamiento tomado de Ayllón, (2004).

Sumada a esta idea de destino, relacionada con la búsqueda del sentido de la vida, se halla la idea del valor que representan el otro y los otros, pues no es posible vivir plenamente la libertad sin tener en cuenta la alteridad:

somos seres que no llegamos a ser lo que somos si nos encerramos en nosotros mismos. Esta es toda la aventura del hombre, ser que <<recibe>> de un modo muy especial, que recibe siempre el amor de manos de otro. Y ese otro es siempre algo (alguien) que está más allá. (Gesché, 2002, p. 96).

RETOS PARA EL CRISTIANISMO DEL SIGLO XXI

Uno de los retos que tiene el cristianismo de hoy, y más específicamente la Iglesia católica, frente a la pérdida de sentido de la existencia humana, es el de llevar a cabo el anuncio del Evangelio y del amor de Dios, no sólo por medio de la palabra profética sino, también, y sobre todo, mediante acciones concretas que testimonien la verdadera transformación que genera el seguimiento de Cristo.

Este primer reto está relacionado con la pérdida de credibilidad en el metarrelato de la religión, generada entre otras causas por la insuficiente coherencia entre lo que se dice o se predica, y lo que se hace o se practica. En cuanto a la Iglesia se refiere, Mejía (2010) lo ilustra con la siguiente afirmación:

El testimonio de vida es punto de referencia de la misión y acción eclesial en su relación con el mundo; de ahí que la Iglesia deba preguntarse cómo se muestra al mundo de hoy que ella sea “sacramento universal de salvación”, para que consciente de sus testimonios (y a veces anti-testimonios) tome iniciativas pastorales que la lleven a compromisos más radicales por la transformación del mundo y logre ser verdaderamente signo de credibilidad.

El hombre de hoy está ávido de trascendencia, no tanto porque le preocupe lo que pueda pasar con su alma más allá de la muerte (elemento característico de la predicación eclesial tradicional), sino porque necesita

encontrarle un sentido último a su vida aquí y ahora, porque requiere de experiencias que representen una esperanza para continuar en la búsqueda de hacer de su vida una narración con sentido y es aquí donde entra la voz de la Iglesia, no sólo como palabra sino como testimonio de la experiencia del Resucitado que reconfigura la vida y permite vivirla con sentido.

Por otro lado, el teólogo Hans Küng (1998), en su libro *Teología para la posmodernidad* afirma que

sólo puede ser verdaderamente ecuménica una teología que abandona decididamente la mentalidad confesionalista de guetto, todavía bastante difundida, y es capaz de unir una amplia tolerancia de lo extraeclesial, de lo religioso y de lo simplemente humano con la reflexión sobre lo específicamente cristiano. (p. 162)

Parfraseando a este autor y aludiendo a otro reto que tiene el cristianismo del siglo XXI, podría decirse que sólo puede aportar en este proceso de búsqueda del sentido de vida una Iglesia que asuma una actitud de apertura ante aquellos que piensan diferente y que no se identifican necesariamente con sus prácticas religiosas, a fin de iluminar en ellos lo verdaderamente humano a la luz de su dimensión trascendente y con base en elementos como la compasión, la misericordia y el valor de la otredad, entre otros, que no exigen necesariamente una adhesión confesional pero sí una convicción y praxis que aportan en la significación de la propia existencia.

Es aquí donde el cristianismo pretende desempeñar un papel esencial, pues mira la existencia humana, se interesa por sus finalidades y por su destino (la salvación); hechos que no se dan en el más allá sino en el más acá, en el presente inmanente donde el hombre tiene la posibilidad de salir de sí mismo al encuentro con el otro, de donarse y de realizarse en dicha donación; a la vez que tiene la posibilidad de significar lo anterior subordinándolo a un sentido último por medio de la relación con el Trascendente (Dios). A este respecto, Estrada (2008) declara:

La religión es búsqueda de sentido, desde la religación a Dios. Trasciende las aportaciones culturales y sociales, e indaga sobre el proyecto de vida. Tiene su origen en las personalidades religiosas. Los fundadores de las

religiones viven de una experiencia que les ha iluminado el sentido de la vida y les ha dado cohesión personal, unificación y capacidad de evaluar críticamente la sociedad en la que vivían. Es el contenido más fascinante de las religiones, que ofrecen un sentido último desde el que es posible relativizar las realizaciones sociales y los bienes culturales. Dios es el centro de la religión, también del cristianismo, que ve en Jesús la mediación esencial para comprender lo divino. La humanización de Dios, en Jesucristo, es la que permite la divinización del hombre. Esto lleva a vivir la vida de otra forma, a contracorriente, desde las referencias que hicieron de Jesús y sus discípulos personas diferentes. (p. 73)

Pese a lo anterior, no se puede desconocer que parte de la realidad posmoderna es el indiferentismo religioso, fruto de la denominada “crisis de las instituciones” que, sumada a la caída de los metarrelatos, supone otro reto dentro del cristianismo, ante el cual suceden tres reacciones: una conservadora, negativa y fatalista donde no se vea otro horizonte más que el de la crisis religiosa, que reafirmaría el imaginario de la “pérdida” de los valores a la que estamos acudiendo hoy, sumada a la percepción de muchos que conciben esta como una sociedad “degradada” y “libertina”; actitud que llevaría a mirar el pasado con nostalgia y anhelo de lo que fue, ya no es y no volverá a ser.

Otra reacción sería la de asumir una condición de indiferencia ante los retos que la posmodernidad le plantea a los cristianos de hoy, llevándoles a encerrarse en su “pequeño *ghetto* de perfección” y dicha cristiana, sin tener en cuenta las necesidades espirituales de aquellos que habitan en su alrededor. Esta actitud lograría identificarse con la frase ¡sálvese quien pueda!

Finalmente, otro modo de enfrentar la realidad posmoderna sería ver en ella una oportunidad para repensarse *ad intra* del cristianismo, de acuerdo con los nuevos signos de los tiempos, de manera que sea posible mirar *ad extra* con ojos de esperanza y de posibilidad para “ser luz de las naciones” (Is 49, 6) y de “ser fermento en la masa” (LG, 31). El contexto actual tiene que servirle al cristianismo del siglo XXI para “volver a las fuentes” y retomar el mensaje humanizador del Evangelio; un mensaje que no sólo refiere una verdad soteriológica en el tiempo escatológico sino, y sobre todo, en el tiempo presente donde el ser humano necesita encontrarle un sentido a su

vida y entender que esa salvación también abarca su momento presente; una verdad que le permita recordar que es un ser creado por amor y para amar a fin de alcanzar la meta primordial que es su felicidad; lo que en palabras del Evangelio se podría traducir con la expresión: para “que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10).

Así lo menciona el Papa Francisco en las primeras líneas de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 1:

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

Este es el mensaje que debe experimentar y recordar todo cristiano, no sólo para vivir en sí mismo la alegría y el gozo del Evangelio, sino también para poder dar testimonio de ello a tantas personas que se hallan inmersas en el vacío existencial y que no encuentran una motivación en su vida para encaminarse en la búsqueda de su propio sentido.

CONCLUSIÓN

Las carencias humanas sirven para ver en ellas posibilidades de apertura, crecimiento, resignificación de la realidad, mejoramiento continuo, entre otras. Cuando se habla de posmodernidad se tiene la tendencia de ver en ella una época de crisis, de transvaloración de los valores, de deshumanización del sujeto y de “pérdida” de viejas seguridades que fundamentaban el pensamiento, el comportamiento y la interacción entre los seres humanos.

Si bien ésta puede ser parte de la realidad contemporánea, no quiere decir que sea toda la verdad, ni que no se pueda hacer nada al respecto; no quiere decir que haya que quedarse con una actitud de impotencia pensando que ya nada se puede hacer puesto que simplemente ha llegado el ocaso de la humanidad.

El cristianismo del siglo XXI está llamado a leer la realidad con ojos de esperanza y de ver en este tiempo la posibilidad de reconfigurarse en su interior para continuar cumpliendo la misión que le fue encomendada hace más de dos mil años. Concretamente, la Iglesia no puede seguir pretendiendo regir la vida de los hombres “desde la barrera”, no puede darse el lujo de continuar anquilosada en un mensaje que ha perdido vigencia, no porque ya no tenga nada qué decirle al sujeto contemporáneo, sino porque sus formas, tanto en el lenguaje verbal como en el testimonial, lo han deslegitimado. El sujeto posmoderno demanda del cristianismo una actitud de apertura, de escucha, de respeto por la diferencia, es decir, una actitud misericordiosa, que le permita experimentarse hijo amado de Dios y, por lo tanto, digno y capaz de encaminarse hacia su propia humanización.

Des la escritura, la Iglesia recuerda que no necesitan médico los sanos sino los enfermos (Lc, 5, 31), que Jesús no juzgó a la mujer adúltera sino que la acogió y la animó a no pecar más (Jn, 8, 10-11), que a Jesús lo juzgaron por preferir rodearse de las prostitutas, de los ladrones y de todos aquellos que eran excluidos de su sociedad por ser considerados pecadores. Es a ellos a los que todo cristiano está llamado a acoger y a animar desde su experiencia personal del amor del Resucitado que permite resignificar la vida y encontrarle un sentido último.

REFERENCIAS

- Arroyave, O. (2013, julio-diciembre). La identidad y la diferencia, presupuestos básicos para pensar la postmodernidad. *Perseitas*, 1(1), 84-101.
- Ayllón, J. (2004). *Ética razonada*. Madrid: Palabra.
- Barrero, A. & Ojeda, R. (2011, julio-diciembre). Religión y “Posmodernidad”. *Reflexiones teológicas*, (8), 11-36.
- Bauman, Z. (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Estrada, J. (2008, octubre-diciembre). Una Iglesia diferente en una sociedad nueva. *Frontera*, 48(4), 67-93.

- Francisco. (2013). Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. Recuperado de: <http://www.vatican.va/holy_father/francesco/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium_sp.html#Algunos_desafios_culturales>
- Frankl, V. (1990). *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1999). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- García, J.; Gallego, J.; & Pérez, E. (2009). Sentido de la vida y desesperanza: un estudio empírico. *Universitas Psychologica*. Bogota.
- Gesché, A. (2002). *El sentido: Dios para pensar VII*. Salamanca: Sígueme.
- Küng, H. (1998). *Teología para la postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial S. A.
- Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Mardones, J. (1997). *La posmodernidad: implicaciones para la educación*. Bogotá: Dimensión Educativa.
- Mardones, J. (1988). *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*. Santander: Sal Terrae.
- Mejía, A. (2010). *Un paradigma eclesiológico para la postmodernidad*. Medellín: Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Moore, T. (1993). *Cuidado del Alma*. Argentina: Urano.